

POEMAS
Bárbara Belloc

SANTA

Clamando al cielo de la pampa “santo, santo,
santo...”
pasaron las nubes, las calaveras
pasó mi hora, pasaste
mi pasado pasó
sin dejar huella
sin seguir rastros
llegaron santas
las estrellas

*

Cuando escribí aquella carta no estabas en edad de entender.
Cuando crucé por primera vez la Recta del Tintín creí haber
llegado al Paraíso: un campo quebrado de nueve colores, pasto
palla, cardones altos como huesos de ballena y tropas de burros
agrestes, mordedores, en el lugar de los ángeles.

Total, que sin darse cuenta uno la sangre se acumula donde
encuentra espacio, incluso en las ideas, de las que se dice
“coagulan”, aun cuando la mente, igual que el aire agitado,
agolpa las nubes, o según el día, las disipa.

La mañana de hoy, mientras el aire que respiro es inmediato, insípido, como el smog del cielo de Los Angeles, despierto envuelta en las sábanas de una cama ajena, asustada y cansada del sueño en que traté de cruzar una vía de tren en taxi y no pude, quedé a medio camino. Como subir, subir y subir por una montaña inmóvil, y a cada paso afirmar mal el talón o las manos y hacer que caigan pedruscos, la cima tan lejos y tan cerca, el corazón latiendo en la cabeza. Como abrir los ojos al mundo en un mundo sin las jerarquías de la ciudad —por ejemplo: un puesto de campamento— y no ser capaz de dejar una nota, como el poema de Foguet:

No te conozco y no me conoces
 pero he dormido en tu cocina de piedra
 al resguardo del hielo y de la niebla
 y he quemado un poco de la reserva
 de yareta (el único combustible
 de que dispones a esta altura, lo sé)
 y todavía mi ropa está impregnada
 con su humo resinoso y tampoco
 me perdono no haber tenido una ginebra
 para dejarte bajo el techo tiznado
 para las noches apenas más cálidas
 y hondas que te tendrán aquí, de nuevo,
 junto al olor de los pastos
 y el goteo más decidido y saludable
 de la vega.

(...)

Ha sido, fue, una larga noche; como un dolor de muelas al fondo de un sueño.

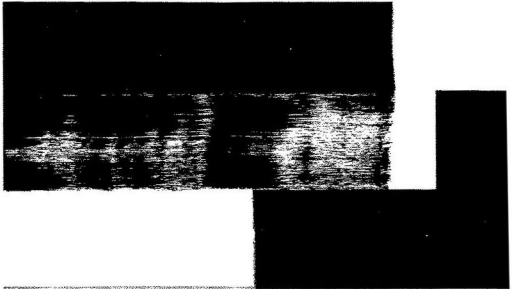
Al despertar pensé en vos, en tu cuerpo dentro de mi cuerpo, y en cuando la poesía no era para mí una forma de experiencia así como es ahora. Hay días en que veo todo color halcón. Color miel. Color mostaza.

*

REvisitada

Cuándo llegué, y por qué camino, no lo sé.
Cuándo me iré, y por qué camino, de los miles que se abren
entre los siete mares,
no lo sé.

Esta vida que tengo se parece al viento
que sopla las velas y aúlla
su propio vacío.



*

Soy la flecha que atraviesa el corazón. Soy el corazón.
Soy el aire, el alimento, la sangre viva en la vena, la velocidad, el filo que abre la carne, la vara de madera que se incrusta.
El tiempo entre latidos y entre un latido y un silencio.
Lo no neutral del viento.
La mirada del reptil.
El vuelo de la flecha hasta que da en el blanco. El vuelco.
El golpe del azar.
El huevo roto.
Lo que dure la sequía/la inundación.
Con mi caballo.
Mi caballo que corre desde la cima de la montaña hasta el río abajo en un solo aliento, como una sola palabra: liebre;
un monosílabo.
Haciendo el camino a ciegas porque está grabado internamente,
es decir,
en las estrellas.
Como cuando los kilómetros se confunden con el tiempo.

